



La escritura del desastre

Maurice Blanchot¹

[1.] [el desastre como contradicción]

El desastre lo arruina todo, dejando todo como estaba. No alcanza a tal o cual, «yo» no estoy bajo su amenaza. En la medida en que preservado, dejado de lado, me amenaza el desastre, amenaza en mí lo que está fuera de mí, alguien que no soy yo me vuelve pasivamente otro. No hay alcance por el desastre. Fuera de alcance está aquél a quien amenaza, no cabría decir si de cerca o de lejos —en cierto modo el infinito de la amenaza ha roto todos los límites. Estamos al borde del desastre sin poder ubicarlo en el porvenir: más bien es siempre pasado y, no obstante, estamos al borde o bajo la amenaza, formulaciones éstas que implicarían el porvenir si el desastre no fuese lo que no viene, lo que detuvo cualquier venida. Pensar el desastre (suponiendo que sea posible, y no lo es en la medida en que presentimos que el desastre es el pensamiento), es ya no tener más porvenir para pensarlo.

El desastre está separado, es lo más separado que hay.

Cuando sobreviene el desastre, no viene. El desastre es su propia inminencia, pero, ya que el futuro, tal como lo concebimos en el orden del tiempo vivido, pertenece al desastre —éste siempre lo tiene sustraído o disuadido— no hay porvenir para el desastre, como no hay tiempo ni espacio en los que se cumpla. (pp.9 y 10)

[2.] [Extrañarse]

¿Escribir será, en el libro, volverse legible para todos y, para sí mismo, indescifrable? (¿Ya no lo dijo Jabes?) (p.10)

[3.] [todo es desastre]

El desastre cuida de todo. (p.11)

[4.] [hasta de la locura]

El desastre: no el pensamiento vuelto loco, ni tal vez siquiera el pensamiento en tanto que lleva siempre su locura. (p.11)

[5.] [Borges]

El desastre está del lado del olvido; el olvido sin memoria, el retraimiento inmóvil de lo que no ha sido trazado —lo inmemorial quizás; recordar por olvido, el afuera de nuevo. (p.11)

¹ Maurice Blanchot: La escritura del desastre. Caracas, Monte Ávila Editores, 1990.

[6.] [el transporte desastroso]

«¿Sufriste por el conocimiento?» Esto nos pregunta Nietzsche, siempre y cuando no haya confusión con la palabra sufrimiento: el padecer, el «paso» de lo enteramente pasivo, sustraído a cualquier visión, a cualquier conocimiento. A menos que el conocimiento, siendo conocimiento no del desastre, sino como desastre y por desastre, nos transporte, nos deporte, golpeados por él, aunque no tocados, enfrentados a la ignorancia de lo desconocido, así olvidando sin cesar. (p.11)

[7.] [la decepción decepcionante]

Nunca decepcionado, no por falta de decepción, sino porque la decepción es siempre insuficiente. (p.11)

[8.] [¿Te pisan? Es el desastre.]

Leer, escribir, tal como se vive bajo la vigilancia del desastre: expuesto a la pasividad fuera de pasión. La exaltación del olvido.

No eres tú quien hablará; deja que el desastre hable en ti, aunque sea por olvido o por silencio. (p.12)

[9.] [pánico]

No pensar: esto, sin recato, con exceso, en la fuga pánica del pensamiento.(p.12)

[10.] [el pensamiento del desastre]

El desastre no es sombrío, liberaría de todo si pudiese relacionarse con alguien, se le conocería en términos y al término de un lenguaje por una gaya ciencia. Pero el desastre es desconocido, el nombre desconocido que, dentro del propio pensamiento, se da a lo que nos disuade de ser pensado, alejándonos por la proximidad.. Uno está solo para exponerse al pensamiento del desastre que deshace la soledad y rebasa cualquier pensamiento, en tanto afirmación intensa, silenciosa y desastrosa de lo exterior. (pp. 12 y 13)

[11.] [lo solo]

No hay soledad si ésta no deshace la soledad para exponer lo solo al afuera múltiple. (p.13)

[12.] [la des-escritura del desastre]

El olvido inmóvil (memoria de lo inmemorable): así se des-escribe el desastre sin desolación, en la pasividad de una dejadez que no renuncia, que no anuncia sino el impropio regreso. Al desastre quizá lo conocemos bajo otros nombres tal vez alegres, declinando todas las palabras, como si pudiese haber un todo para las palabras. (p.13)

[13.] [el tacto de lo exterior, recogimiento del desastre: hacia el disimulo]

En la medida en que el desastre es pensamiento, es pensamiento no desastroso, pensamiento de lo exterior. No tenemos acceso a lo exterior, pero lo exterior siempre nos ha tocado ya la cabeza, siendo lo que se precipita.

El desastre, lo que se desextiende, la desextensión sin el apremio de una destrucción; el desastre vuelve, siempre desastre de después del desastre, regreso sigiloso, no estragador, con el que se disimula. El disimulo, efecto del desastre. (p.13)

[14.] [escritura, desastre, des (escritura)]

El desastre inexperimentado, lo sustraído a cualquier posibilidad de experiencia —límite de la escritura. Es menester repetirlo: el desastre des-escibe. Ello no significa que el desastre, como fuerza de escritura, esté fuera de escritura, fuera de texto. (p.14)

[15.] [el desastre es un chispazo de oscuridad]

El desastre oscuro es el que lleva la luz. (p.14)

[16.] [lo fragmentario]

Lo fragmentario, más que la inestabilidad (la no fijación), promete el desconcierto, el desacomodo. (p.14)

[17.] [el silencio de la escritura]

[...] no hay otro silencio que el escrito, reserva desgarrada, corte que hace imposible el detalle. (p.15)

[18.] [el retorno de lo que no estuvo]

Constantemente tenemos *necesidad* de decir (de pensar): me sucedió algo (muy importante), lo cual significa a su vez que esto no podría ser del orden de lo que sucede, ni tampoco de lo que importa, sino más bien exporta y deporta. La repetición. (p.15)

[19.] [por decir]

Hay interrogante y, sin embargo, ninguna duda; hay interrogación, pero ningún deseo de respuesta; hay interrogación, y nada puede decirse, sino únicamente por decir. Cuestionamiento, puesta en tela de juicio que rebasa cualquier posibilidad de interrogación. (p.16)

[20.]

Aquél que critica o rechaza el juego, ya está en el juego. (p.16)

[21.] [el condenado a muerte: el fusilero: el deportado]

Escribir puede tener al menos este sentido: gastar los errores. Hablar los propaga, los disemina haciendo creer en una verdad.

Leer: no escribir; escribir en la interdicción de leer.

Escribir: negarse a escribir —escribir por rechazo, de modo que basta que se le pidan algunas palabras para que se pronuncie una especie de exclusión, como si le obligaran a sobrevivir, a prestarse a la vida para seguir muriendo. Escribir por ausencia. (p.16)

[22.] [la lectura en abismo]

La angustia de leer: cualquier texto, por importante, ameno e interesante que sea (y cuanto más parece serlo), está vacío -no existe en el fondo; hay que cruzar un abismo, y no se entiende si no se da el salto. (p.17)

[23.] [Rimbaud]

No escribir; cuán largo es el camino antes de lograrlo, y nunca es cosa segura, no es una recompensa ni un castigo, hay que escribir solamente en la incertidumbre y la necesidad. No escribir, efecto de escritura; como si fuera un signo de la pasividad, un recurso de la desdicha. Cuántos esfuerzos para no escribir, para que, escribiendo, no escriba pese a todo

—y finalmente dejo de escribir, en el momento último de la concesión; no en medio de la desesperación, sino como lo inesperado: el favor del desastre. El deseo no satisfecho y sin satisfacción aunque sin negativo. Nada negativo en «no escribir», intensidad sin dominio, sin soberanía, obsesión de lo enteramente pasivo. (p.17)

[24.] [ritmo]

Querer escribir, cuán absurdo es: escribir es la decadencia del querer, así como la pérdida del poder, la caída de la cadencia, otra vez el desastre. (p.17)

[25.] [Kafka]

Invierte toda su energía en no escribir para que, escribiendo, escriba por endeblez, en la intensidad del desfallecimiento. (p.17)

[26.] [La escritura del desastre, 1]

Que las palabras dejen de ser armas, medios de acción, posibilidades de evaluación. Encomendarse al desconcierto.

Cuando escribir, no escribir, carecen de importancia, cambia entonces la escritura —tenga o no tenga lugar; es la escritura del desastre. (p.18)

[27.]

Desprendido de todo, hasta de su desprendimiento. (p.18)

[28.] [falso paso]

No escribir sin poder supone el paso por la escritura. (p.18)

[29.]

Sin certidumbre, no duda, no lo respalda la duda. (p.18)

[30.] [El desastre, distinto, distante]

El pensamiento del desastre, si bien no extingue el pensamiento, nos deja sin cuidado ante las consecuencias que pueda tener este mismo pensamiento para nuestra vida, aleja cualquier idea de fracaso y de éxito, reemplaza el silencio ordinario, aquél al que falta el habla, por un silencio distinto, distante, en el cual el otro es el que se anuncia callando. (p. 18)

[31.] [el sentido del sin-sentido de la escritura]

Escribir, obviamente, no tiene importancia, escribir no importa. A partir de eso se decide la relación con la escritura. (p.19)

[32.] [Escritura y pasividad]

Hay relación entre escritura y pasividad porque la una y la otra suponen la borradura, la extenuación del sujeto: suponen un cambio de tiempo: suponen que entre ser y no ser algo que no se cumple sin embargo sucede como si hubiese ocurrido desde siempre - la ociosidad de lo neutro, la ruptura silenciosa de lo fragmentario.

[33.] [Pasividad]

La pasividad: sólo podemos evocarla mediante un lenguaje que se trastoca. Otrora, recurría al sufrimiento. Sufrimiento tal que no podía sufrirlo, de modo que, en ese no poder, excluido

el yo del poderío y de su estatuto de sujeto en primera persona, destituido, desubicado y hasta contrariado, pudiera perderse como yo capaz de padecer: hay sufrimiento, quizá haya sufrimiento, ya no hay «yo» que sufre, y no se presenta el sufrimiento, no se lleva (menos aún se vive), en presente, no tiene presente como tampoco principio o fin, el tiempo ha cambiado de sentido radicalmente. El tiempo sin presente, el yo sin yo, nada sobre lo cual quepa decir que pueda ser revelado o disimulado por la experiencia —una forma de conocimiento.

Pero la palabra sufrimiento es demasiado equívoca. Nunca se disipará el equívoco, ya que, al hablar de la pasividad, lo hacemos aparecer, aunque sea sólo en la noche donde la dispersión lo acuña tanto como la desacuña [JLM: Cisne troquelado]. No es muy difícil —y por ello más importante— hablar de la pasividad, porque no pertenece al mundo y no conocemos nada que sea totalmente pasivo (al conocerlo, inevitablemente lo transformaríamos. La pasividad opuesta a la actividad, tal es el campo siempre limitado de nuestras reflexiones. El sufrir, el *subissement** —forjando una palabra que no es sino el doblete de *subitement* (súbitamente), la misma palabra como aplastada—, la inmovilidad inerte de algunos estados, llamados de psicosis, el padecer de la pasión, la obediencia servil, la receptividad nocturna que supone la espera mística, vale decir, el despojamiento, el arrancamiento de sí a sí mismo, el desprendimiento mediante el cual uno se desprende, el desprendimiento inclusive, o bien la caída (sin iniciativa ni consentimiento) fuera de sí —todas estas situaciones, aun cuando algunas lindan con lo incognoscible y designan una cara oculta de la humanidad, no nos hablan casi para nada de lo que procuramos oír al dejar que se pronuncie esta palabra: pasividad. (pp.20 y 21)

* A partir de «*subir*» que significa sufrir en francés. N del T.

Extrañamente, la pasividad nunca es lo bastante pasiva: en esto cabe hablar de un infinito: quizá sólo porque se sustrae a cualquier formulación, pero parece haber como una exigencia que la induce a quedar siempre más acá de sí misma —no pasividad, sino exigencia de pasividad, movimiento del pasado hacia lo que no puede pasarse.

Pasividad, pasión, pasado, paso (tanto negación como huella o movimiento del andar), este juego semántico produce un cambio de sentido, pero nada de que podamos fiarnos como respuesta que nos contente. (pp. 21 y 22)

La pasividad es desmedida: rebasa al ser, el ser exhausto de ser —la pasividad de un pasado cumplido que nunca ha sido: el desastre entendido, sobreentendido no como un acontecimiento del pasado, sino como un pasado inmemorial (*El Altísimo*) que vuelve, dispersando con su regreso el tiempo presente en que se le vive como espectro. (p.22)

[La pasividad]: el anonimato, la pérdida de sí, la pérdida de cualquier soberanía pero también de toda subordinación, la pérdida de la permanencia, el error sin lugar, la imposibilidad de la presencia, la dispersión (la separación). (p.22)

[34.] [«Otridad»]

En la relación de mí (lo mismo) con El Otro, El Otro es lo lejano, lo ajeno, mas si invierto la relación, El Otro se relaciona conmigo como si yo fuese Lo Otro y entonces me hace salir de mi identidad, apretándome hasta el aplastamiento, retirándome, bajo la presión de lo muy cercano, del privilegio de ser en primera persona y, sacado de mí mismo, dejando una

pasividad privada de sí (la alteridad misma, la otredad sin unidad), lo no sujeto, o lo paciente. (p.23)

[35.] [*El Rehén*]

En la paciencia de la pasividad, soy aquél a quien cualquiera puede reemplazar, el no imprescindible por definición, y que empero no puede dejar de responder por medio y en nombre de lo que no es: una singularidad prestada y de ocasión —sin duda la del *rehén* (como dice Levinas) que es el fiador no consintiente, no elegido, de una promesa que no hizo, el insustituible que no ocupa su sitio. Por la otredad soy el mismo, la otredad que siempre me ha sacado de mí mismo. Lo Otro, si acude a mí, será como a alguien que no soy yo, el primero que llega o el último de los hombres, para nada el único que yo quisiera ser; en esto me asigna la pasividad, dirigiéndose en mí al morir mismo.

(La responsabilidad de la que estoy cargado no es mía y hace que yo no sea yo). (p.23)

[36.] [*El Otro, Conmigo, Lo Otro, yo-Sinmigo, yo con Lo Otro —Lo Mismo.*]

En la relación entre *yo* y *El otro*, El Otro es lo que no puedo alcanzar, lo Separado, lo Altísimo, lo que escapa de mi poder y por ende lo sin poder, lo ajeno y lo desguarnecido. Mas en la relación del *Otro conmigo*, parece que todo se da vuelta: lo lejano se vuelve lo próximo, dicha proximidad se vuelve la obsesión que perjudica, pesa en mí, me separa de mí, como si la separación (que medía la trascendencia de mí con El Otro) actuara en mí mismo, desidentificándome, abandonándome a una pasividad, sin iniciativa ni presente. Entonces el otro se vuelve más bien el Apremiante, el Sobreeminente, cundo no el Perseguidor, aquél que me agobia, me atesta, me deshace, aquél que me complace no menos que me contraría al hacerme responder por sus crímenes, al cargarme con una responsabilidad que no puede ser mía, ya que llegaría a la «sustitución». De tal modo que, en esta óptica, la relación del Otro conmigo tendería a aparecer como sadomasoquista, si no nos hiciera caer prematuramente fuera del mundo —del ser— en donde sólo tiene sentido normal y anomalía.

Cierto que, según Levinas, como la otredad reemplaza lo Mismo, y lo Mismo sustituye a Lo Otro, desde ahora los rasgos de la trascendencia (de una trascendencia) se graban en mí — un yo sin mí—, lo cual conduce a esta alta contradicción, a esa paradoja de alto sentido: cuando me desocupa y me destruye la pasividad, estoy obligado a una responsabilidad que no sólo me excede, sino que no puedo ejercerla, ya que nada puedo hacer y ya no existo como yo. Esta pasividad responsable es la que supuestamente es *Decir*, porque antes de cualquier dicho, y fuera del ser (en el ser hay pasividad y hay actividad, en simple oposición y correlación, inercia y dinamismo, involuntario y voluntario) el Decir da y da respuesta, respondiendo a lo imposible y de lo imposible.

Pero la paradoja no suspende una ambigüedad: si yo sin mí estoy sometido a la prueba (sin experimentarla) de la pasividad más pasiva cuando el prójimo me aplasta hasta la enajenación radical, ¿acaso todavía tengo que ver con el otro? ¿No será mas bien con el «yo» del amo, con lo absoluto del dominio egoísta, con el dominador que predomina y maneja la fuerza hasta la persecución inquisitorial? En otras palabras, la persecución que me abre a la paciencia más larga y es en mí la pasión anónima, no solamente tengo que responder por ella, cargando con ella fuera de mi consentimiento, sino que también he de responderle con la negativa, la resistencia y la lucha, volviendo al saber (volviendo, si es posible —porque puede que no haya retorno), al yo que sabe, y que sabe que está expuesto, no al Otro, sino al «Yo» adverso, a la Omnipotencia egoísta, la Voluntad asesina. Claro está, de ese modo, ella me atrae dentro de su juego y me convierte en su cómplice,

mas por eso siempre hace falta al menos dos lenguajes o dos exigencias, una dialéctica, otra no dialéctica, una en que la negatividad es la faena, otra en que lo neutro contrasta tanto con el ser como con el no ser. Asimismo haría falta ser el sujeto libre y hablante y, a la vez, desaparecer como el paciente pasivo que atraviesa el morir y no se muestra. (pp. 23, 24 y 25.)

[37.] [«la invisible pasividad del morir»]

[...] Dejando vislumbrar que algo se dice sin que se diga: la pérdida de habla, el llorar sin lágrimas, la rendición que anuncia, sin cumplirla, la invisible pasividad del morir —la *debilidad humana*. (p.25)

[38.] [El hombre invisible]

La interrupción de lo incesante: esto es lo propio de la escritura fragmentaria: la interrupción teniendo, por decirlo así, el mismo sentido que aquello que no cesa, ambos siendo efecto de la pasividad; allí donde no impera el poder, ni la iniciativa, ni lo inicial de una decisión, el morir y el vivir, la pasividad de la vida, escapada de sí misma, confundida con el desastre de un tiempo sin presente y que soportamos mientras tanto, espera de una desgracia no por venir, sino siempre ya sobrevenida y que no puede presentarse: en este sentido, futuro, pasado, están condenados a la indiferencia, por carecer ambos de presente. Por eso, los hombres destruidos (destruidos sin destrucción) son como sin apariencia, invisibles incluso cuando se les ve, y no hablan sino por la voz de los otros, una voz siempre otra que en cierto modo los acusa, los compromete, obligándolos a responder por una desgracia silenciosa que levan en sí sin conciencia. (p.26)

[39.] [Levinas, ¿Sartre?]

[...] El Otro —dice Levinas— es estorboso, pero ¿acaso esto no será de nuevo la perspectiva sartriana: la náusea que nos produce, no la falta de ser, sino la demasía de ser, un sobrante del que quisiera desinvertirme, empero del que no pudiera desinteresarme, porque, hasta en el desinterés, la otredad sigue siendo la que me condena a hacer sus veces, a no ser más que su lugarteniente?

[40.] [*toda cercanía se hace piedra*]

[...] Al Otro no puedo acogerlo, ni siquiera por una aceptación infinita. Tal es el rasgo nuevo y difícil de la intriga. El Otro, como el prójimo, es la relación que no puedo sostener y cuya proximidad es la muerte misma. (p.27)

[41.] [¿Adónde?]

[...] ¿Adónde encontrar el lenguaje en que respuesta, pregunta, afirmación, negación, tal vez intervengan, pero sin que tengan efecto? ¿Dónde está el decir que escapa a cualquier signo, tanto el de la predicción como el de la interdicción? (p.30)

[42.] [por su anonimia (no) lo conocerás]

El uso de la palabra subjetividad es tan enigmático como el uso de la palabra responsabilidad —y más discutible, porque se trata de una designación elegida como para salvar nuestra parte de espiritualidad. ¿Por qué subjetividad, si no es para bajar hasta el fondo del sujeto, sin perder el privilegio que éste encarna, aquella presencia privada que vive como la mía por el cuerpo, mi cuerpo sensible? Mas si la supuesta «subjetividad» es la

otredad en lugar de la mismidad, no es ni subjetiva ni objetiva, la otredad no tiene interioridad, lo anónimo es su nombre, lo exterior su pensamiento, lo no concerniente su alcance y el retorno su tiempo, lo mismo que la neutralidad y la pasividad de morir sería su vida, si ésta es lo que tiene que acoger mediante el don de lo extremo, don de lo que (en el cuerpo y por el cuerpo) es la no pertenencia. (pp.30 y 31)

[43.] [El Desastre, 3]

Llamo desastre lo que no tiene lo último como límite: lo que arrastra lo último en el desastre. (p.31)

[44.] [el puente]

[...] El deseo, puro deseo impuro, es el llamado a franquear la distancia, a morir en común por la separación. (p.31)

[45.] [«el morir como sujeto»]

La renuncia al yo sujeto no es una renuncia voluntaria, por tanto tampoco es una abdicación involuntaria; cuando el sujeto se torna ausencia, la ausencia del sujeto o el morir como sujeto subvierte toda la frase de la existencia, saca el tiempo de su orden, abre la vida a la pasividad, exponiéndolo a lo desconocido de la amistad que nunca se declara (p.32)

[46.] [Levinas y No-Levinas («deseo mortal»)]

[...] tal vez sería preciso hablar de una *subjetividad sin sujeto*, el lugar herido, la desgarradura del cuerpo desfallecido ya muerto del que nadie pudiera ser dueño o decir: yo, mi cuerpo, aquello a que anima el único deseo mortal: deseo de morir, deseo que pasa por el morir impropio sin sobrepasarse en él.

La soledad o la no interioridad, la exposición a lo exterior, la dispersión fuera de la clausura, la imposibilidad de mantenerse firme, cerrado —el hombre desprovisto de género, el suplente que no es suplemento de nada. (pp. 32 y 32)

[47.]

La paciencia del concepto: antes que nada renunciar al inicio, saber que el Saber nunca es joven, sino que está siempre más allá de la edad, senescente que no pertenece a la vejez; saber luego que no se tiene que apresurar la conclusión, que siempre el final es prematuro, apuro por lo Finito al que uno quiere entregarse de una vez sin darse cuenta que lo Finito no es más que el repliegue de lo Infinito. (p.33)

[48.] [el pasado mudo «(la pregunta mortificada)»]

No responder o no recibir respuesta es la regla: aquello no basta para detener las preguntas. Pero cuando la respuesta es la ausencia de respuesta, la pregunta a su vez se torna la ausencia de pregunta (la pregunta mortificada), el habla pasa, vuelve a un pasado que nunca ha hablado, pasado de cualquier habla. Con lo cual el desastre, aun nombrado, no figura en el lenguaje. (p.33)

[49.] [la ruina]

Cuando todo está dicho, lo que queda por decir es el desastre, ruina de habla, desfallecimiento por la escritura, rumor que murmura: lo que queda sin sobra (lo fragmentario). (p.35)

[50.] [las huellas hacia la nada]

[...] Responsabilidad de una escritura que pone y quita sus huellas, o sea, quizá –en lo último– borrándose (en seguida como a la larga –hace falta todo el tiempo para eso), en la medida en que parece dejar huellas perennes u ociosas. (pp. 35 y 36)

[51.] [fragmento: totalidad]

Fragmento: más allá de cualquier fractura, de cualquier estallido, la paciencia de pura impaciencia, lo poco a poco de súbitamente. (p.36)

[52.]

Tememos y deseamos lo nuevo porque lo nuevo lucha contra la verdad (establecida), lucha antiquísima en que siempre puede decidirse algo más justo. (p.37)

[53.]

Cuando todo se ha oscurecido, reina esclarecimiento sin luz que anuncian ciertas palabras. (p.37)

[54.] [Benjamin]

Lo nuevo, lo novedoso, por no poder ubicarse dentro de la historia, es igualmente lo más antiguo, algo no histórico al que se nos tocará responder como si fuese lo imposible, lo invisible, lo que desde siempre ha desaparecido bajo los escombros (p.38)

[55.] [La cita; el fragmento]

Si la cita, con su fuerza parcelaria, destruye de antemano el texto de donde no sólo fue arrancada, sino al que exalta hasta no ser más que arrancamiento, el fragmento sin texto ni contexto es radicalmente no citable.

[56.] [(des)hacer escritura]

Escribir para que lo negativo y lo neutro, en su diferencia siempre oculta, en la proximidad más peligrosa, se acuerden mutuamente de su propia especificidad, quehacer del primero, deshacer del segundo.

[57.]

Debes escribir no sólo para destruir, no sólo para conservar, para no transmitir, escribe bajo la atracción de lo real imposible, aquella parte del desastre en que zozobra, a salvo e intacta, toda realidad.

[58.]

Confianza en el lenguaje: se sitúa dentro del lenguaje —desconfianza por el lenguaje: también es el lenguaje que desconfía de sí mismo, hallando dentro de su espacio los principios inquebrantables de una crítica. Por eso, el recurso a la etimología (o su recusación); por eso el recurso a los divertimentos anagramáticos, a las inversiones acrobáticas destinadas a multiplicar las palabras hasta el infinito so pretexto de corromperlas, pero en vano —todo eso justificado a condición de usarse (recurso y recusación) conjuntamente, en el mismo tiempo, sin creer en ello y sin tregua. Lo desconocido del lenguaje permanece desconocido.

La confianza–desconfianza por el lenguaje ya es fetichismo, eligiéndose tal palabra para jugar con ella en el goce y el malestar de la perversión que supone siempre, disimulado, un

buen uso. Escribir, desvío que aparta el derecho a un lenguaje, aunque fuese pervertido, anagramado —desvío de la escritura que siempre des-escribe, amistad por lo desconocido inoportuno, «real» que no puede mostrarse ni decirse. (p. 39)

[59.] [Sinestesia]

Estalla la luz —estallido, aquello que, en el medio del resplandor, se grita y no da luz (la dispersión que resuena o vibra hasta el encandilamiento). Estallido, el retumbo quebrante de un lenguaje sin resonancia. (p. 40)

[60.] [*en desequilibrio*]

[...] Pensar tal como se muere: sin meta, sin poder, sin unidad y, precisamente, sin «cómo» —por eso el aniquilamiento de la formulación en cuanto se piensa, vale decir, en cuanto se piensa de cada lado, en desequilibrio, con exceso de sentido y excediendo el sentido — formulación ida en lo exterior.

[61.]

El desastre es aquel tiempo en que ya no se puede poner en juego, por deseo, por ardid o violencia, la vida que se procura, mediante ese juego, seguir manteniendo, tiempo en que calla lo negativo y a los hombres ha sucedido el infinito quieto (la efervescencia) que no se encarna y no se hace inteligible. (p.41)

[62.]

La otredad es siempre el otro, y el otro siempre su otredad, liberada de toda propiedad, de todo sentido propio, rebasando, de esta manera, todo sello de verdad y toda señal de luz.

[63.]

Peligro de que el desastre tome sentido en vez de tomar cuerpo. (p.41)

[64.] [Tal vez, un (sin)sentido (pre)(au)sente]

Escribir, «formar» en lo informal un sentido ausente. Sentido ausente (no ausencia de sentido, ni sentido que faltase o potencial o latente). Escribir, tal vez es traer a la superficie como algo del sentido ausente, acoger el empuje pasivo que todavía no es el pensamiento, siendo ya el desastre del pensamiento. Su paciencia. Entre él y la otredad, habría el contacto, la desvinculación de sentido ausente —la amistad. Un sentido ausente mantendría «la afirmación» del empuje más allá de la perdición; el empuje de morir llevando consigo la perdición, la perdición perdida. Sentido que no pasa por el ser, por debajo del sentido — suspiro del sentido, sentido expirado. En esto radica la dificultad de un comentario de escritura; porque el comentario significa y produce significación, no pudiendo soportar un sentido ausente. (p.42)

[65.]

Velar por el sentido ausente.

[66.] [bajo amenaza; bajo amenaza de repetición; bajo amenaza de desastre (de destrucción: la vida)]

Se confirma —dentro y por medio de la incertidumbre— que todo fragmento no está en relación con lo fragmentario. Lo fragmentario, «potencia» del desastre del que no se tiene experiencia, y pone su cuño, vale decir, desacuña, la intensidad desastrosa, fuera de placer,

fuera de goce: el fragmento sería este cuño, siempre amenazado por algún éxito. No puede haber fragmento logrado, satisfecho o indicando la salida, la cesación del error, y esto por el solo hecho de que todo fragmento, incluso único, se repite, se deshace mediante la repetición.

Recordemos. Repetición: repetición no religiosa, sin pesar ni nostalgia, regreso no deseado. Repetición: repetición de lo extremo, derrumbe total, destrucción del presente. (p.42)

[67.] [Teoría: ficción]

[...] En el saber que siempre ha de librarse del saber, no hay saber anterior, no hereda de sí mismo, por tanto tampoco hay una presencia de saber. No apliques un saber, no lo repitas. Fin de la teoría que posee y organiza el saber. Espacio abierto a la «teoría ficticia», ahí donde la teoría, mediante la ficción, corre peligro de muerte. (p.43)

[68.] [Qué glorioso. Qué desastroso. Y sin embargo, escribes.]

Cuando Kafka le da a entender a un amigo que él escribe porque, de otra manera, se volvería loco, sabe que escribir ya es una locura, su locura, una especie de vigilia fuera de conciencia, insomnio. Locura contra locura: cree que domina la primera entregándosele; la otra la da miedo, es su miedo, le traspasa, le desgarrar, le exalta, como si tuviera que sufrir la omnipotencia de una continuidad sin tregua, tensión al límite de lo soportable. Habla de ello con espanto pero también con un sentimiento de gloria, pues la gloria es el desastre. (p.43)

[69.] [*la paciencia de mi espera*]

Aceptar esta distinción: «hace falta» en vez de «debes» —quizá porque esta segunda fórmula se dirige a un tú y que la primera es una afirmación fuera de ley, sin legalidad, una necesidad no necesaria; sin embargo ¿una afirmación? ¿una violencia? Busco un «hace falta» pasivo, gastado por la paciencia. (p.43)

[70.] [la locura de querer *comunicar*]

Cada uno, supongámoslo, tendría su locura privada. El saber sin verdad sería el obrar o el oír de una singularidad intensa, análogo a esta locura «privada», todo lo privado siendo una locura, al menos en la medida en que procuramos comunicar por ella. (p.44)

[71.]

Dentro de su sueño, nada, nada sino el deseo de soñar. (p.44)

[72.]

Nunca intentar hacer la escritura inasible: expuesta a todos los vientos de un comentario reductor, siempre ya tomada y retenida o repelida. (p.44)

[73.] [el momento (nunca es cuando)]

El designio de la ley: que los presos construyan ellos mismos su cárcel. Es el momento del concepto, el cuño del sistema. (p.44)

[74.] [Erosión]

La escritura ya (todavía) es violencia: cuanto hay de ruptura, quiebra, fragmentación, el desgarramiento de lo desgarrado en cada fragmento, aguda singularidad, punta acerada. No obstante ello, aquel combate es debate por la paciencia. Se gasta el nombre, se fragmenta,

se disgrega el fragmento. La pasividad pasa a paciencia, lo que se juega zozobra. (pp.45 y 46)

[75.] [pánico, 2]

Zozobrar, deseo de la caída, deseo que es el empuje y el atractivo de la caída, y siempre caen varios, caída múltiple, cada cual se sujeta a otro que es uno mismo y es la disolución – la dispersión– de sí, y esta contención es la precipitación misma, la fuga pánica, la muerte fuera de la muerte. (p.46)

[76.] [Erosión, Cero.]

El Saber en reposo; sea cual fuere la inconveniencia de esos términos, sólo podemos dejar escribir la escritura fragmentaria si el lenguaje, habiendo agotado su poder de negación, su potencia de afirmación, retiene o lleva el Saber en reposo. Escritura fuera de lenguaje, quizá nada más que el fin (sin fin) del saber, fin de los mitos, erosión de la utopía, rigor de la paciencia apretada. (p.46)

[77.] [acción de la inacción, accionada por lo (in)móvil]

Lo vivo de la vida sería el avivar que no se basta con la presencia viviente, que consume lo presente hasta la exención, la ejemplaridad sin ejemplo de la no presencia o de la no vida, la ausencia en su vivacidad, siempre volviendo a venir sin venir. (p.49)

[78.] [*el sentido ausente* (el silencio del ruido)]

La palabra, casi carente de sentido, es ruidosa. El sentido es silencio limitado (el habla es relativamente silenciosa, por cuanto lleva dentro de sí aquello donde se ausenta, el sentido ya ausente, que inclina hacia lo asémico). (p.50)

[79.] [*el sonido y la furia* de un vacío]

Que retumbe en el silencio lo que se escribe, para que el silencio retumbe largamente, antes de volver a la paz inmóvil entre la que sigue velando el enigma. (p.50)

[80.] [per(don)]

No perdones. El perdón acusa antes de perdonar: acusando, afirma la culpa, la vuelve irremisible, lleva el golpe hasta la culpabilidad; así, todo se torna irreparable, don y perdón dejando de ser posibles.

No perdones sino a la inocencia.

Perdóname de perdonarte. (p.51)

[81.] [El Peligro]

La escritura fragmentaria sería el riesgo mismo. No remite a una teoría, no da cabida a una práctica definida por *la interrupción*. Interrumpida, prosigue. Ante una interrogante, no se arroga la pregunta, sino que la suspende (sin mantenerla) en no respuesta. Si pretende tener su tiempo solamente cuando se ha cumplido –al menos idealmente– el todo, ello significa que ese tiempo nunca está seguro, siendo ausencia de tiempo, no en un sentido privativo, sino porque es anterior a todo pasado-presente, así como posterior a toda posibilidad de una presencia futura. (p.56)

[82.] [Nietzsche]

La exigencia fragmentaria, exigencia extrema, a primera vista se considera perezosamente como limitada de fragmentos, esbozos, estudios: preparaciones o desechos de lo que todavía no es una obra. Si bien F. Schlegel intuye que dicha exigencia pervierte, subvierte, arruina la obra, porque ésta última, como totalidad, perfección, culminación, es la unidad que se regodea en sí misma, también al final eso le escapa, pero no cabe reprocharle tal desconocimiento, por cuanto nos ayudó y sigue ayudándonos a discernirlo tan pronto como lo compartimos con él. La exigencia fragmentaria en tanto que ligada al desastre. Ahora bien, pese a todo, nada desastroso hay en este desastre: esto es lo que hemos de aprender a pensar, aun quizás ignorándolo siempre. (p.56)

[83.] [Desgarro]

La fragmentación, signo de una coherencia tanto más firme cuanto que debiera deshacerse para ser alcanzada, no siendo un sistema disperso, ni tampoco la dispersión como sistema, sino el despedazamiento (el desgarrar) de lo que nunca ha preexistido (real o idealmente) como conjunto ni podrá juntarse en alguna presencia de porvenir. Espaciamiento de una temporalización que tan sólo se aprehende –engañosamente– como ausencia de tiempo. (pp.56 y 57)

[84.] [(des)crédito de la exigencia fragmentaria]

El fragmento, siendo fragmentos, propende a disolver la totalidad que está suponiendo y que va llevando hacia la disolución de la que no procede (propiamente dicho), a la que se expone para, al desaparecer y, con él, desaparecida toda identidad, mantenerse como fuerza de desaparecer, energía repetitiva, límite del infinito mortal —o bien obra de la ausencia de obra (para reiterarlo y callarlo reiterándolo). De ello resulta que la impostura del Sistema –el Sistema llevado por la ironía a un absoluto de absoluto– es una manera para el Sistema de imponerse otra vez mediante el descrédito del cual lo acredita la exigencia fragmentaria. (p.57)

[85.] [Cicuta]

Alguien (Clavel) ha escrito de Sócrates que todos lo hemos matado. He aquí algo no muy socrático. A Sócrates no le hubiese gustado culparnos de nada, ni siquiera hacernos responsables de un acontecimiento que su ironía de antemano tornara insignificante, cuando no benéfico, rogándonos no tomarlo en serio. Más, claro está, Sócrates sólo se olvidó de una cosa. A saber, que nadie, tras él, podía ser Sócrates y que su muerte ha matado la ironía. Contra la ironía estaban resentidos todos sus jueces. Contra la ironía seguimos resentidos nosotros, sus justos llorones. (p.58)

[86.] [fin, fino, finito]

El fervor por el progreso infinito sólo es válido como fervor, ya que el infinito es el fin de todo progreso. (p.59)

[87.]

Quien escribe está en destierro de la escritura; allí está su patria donde no es profeta. (p.59)

[88.]

La muerte imposible necesaria: ¿por qué no se comprenden estas palabras –y la experiencia no probada a la que se refieren? ¿Por qué tal tropiezo, tal rechazo? ¿Por qué borrarlas convirtiéndolas en una ficción propia de un autor? Es muy natural. El pensamiento no puede recibir aquello que lo lleva en sí y que lo lleva, a menos de olvidarlo. (pp. 61 y 62)

[89.]

Campos de concentración, campos de aniquilamiento, figuras en que lo invisible se hizo visible para siempre. Todos los rasgos de una civilización revelados o puestos al desnudo («El trabajo libera», «rehabilitación por el trabajo»). En las sociedades donde se exalta precisamente como el movimiento materialista por el cual el trabajador toma el poder, el trabajo se convierte en el sumo castigo ya no con explotación y plusvalía, sino que es el límite en que se deshizo todo valor y el «productor», lejos de reproducir al menos su fuerza de trabajo, ni siquiera es aún el reproductor de su vida. El trabajo deja de ser su manera de vivir para ser su modo de morir. Trabajo, muerte: equivalentes. Y el trabajo está por todos lados, en todo momento. Cuando la opresión es absoluta, no hay más ociosidad, «tiempo libre». El sueño está bajo vigilancia. Entonces el sentido del trabajo es la destrucción del trabajo en y por el trabajo. Pero ¿si, como ocurrió en algunos *kommandos*, trabajar consiste en llevar a la carrera una piedras a tal sitio y apilarlas, para luego traerlas de vuelta al punto de partida (Langbein en Auschwitz, el mismo episodio en el gulag, Soljenitsin)? Entonces, el trabajo ya no puede destruirse con algún sabotaje, ya está destinado a anularse él mismo. Sin embargo, guarda un sentido: no sólo destruir al trabajador sino, por de pronto, ocuparlo, fijarlo, controlarlo y quizás, a la vez, darle conciencia de que producir y no producir es lo mismo, igual es trabajo. Pero, también, de este modo, esa nada, el trabajador, ha de tomar conciencia de que la sociedad que se expresa a través del campo de trabajo es eso contra lo cual hay que luchar, aun muriendo, aun sobreviviendo (viviendo pese a todo, por encima de todo, más allá de todo) supervivencia que es (asimismo) muerte inmediata, aceptación inmediata de la muerte en su rechazo (no me mato porque esto les gustaría demasiado, me mato pues como ellos, me quedo en vida a pesar de ellos). (p. 73)

[90.] [«Sin duda la sinrazón está en Auschwitz, el horror en el gulag...»]

[...] Existe un límite donde el ejercicio de un arte, sea cual fuere, se vuelve un insulto para la desgracia. No lo olvidemos. (p.75)

[91.] [recomienzo desde mi fin]

[...]Sin embargo, hay que velar por la ausencia desmesurada, velar incesantemente, porque lo que recomenzó a partir de este fin (Israel, todos nosotros)está marcado por este fin con el cual no terminamos de despertar. (p.76)

[92.] [vaciamiento de la reducción de un sentido irreductible]

Las palabras que han de excluirse a causa de su sobrecarga teórica: significante, simbólico, texto, textual, y ser, en definitiva todas las palabras, lo cual no bastaría, ya que, no pudiendo las palabras constituirse en totalidad, el infinito que las atraviesa no puede dejarse sorprender por una operación de retiro —irreductible en virtud de la reducción. (p.78)

[93.] [La sobriedad de Dionisio]

Nietzsche contra el superhombre: «Somos definitivamente efímeros». «La humanidad no puede acceder a un orden superior». Consideremos «la urna funeraria del último hombre». Este rechazo de un hombre más allá del hombre (en *Aurora*) va a la par de cuanto dice Nietzsche contra el peligro que habría en fiarse de la embriaguez y el éxtasis como si fuesen la verdadera vida dentro de la vida: asimismo, su asco de «los desahogados divagantes, los extáticos que buscan instantes de raptos de donde caen en el desamparo del ánimo de venganza». La embriaguez tiene el inconveniente de darnos un sentido de poder. (p.92)

[94.] [nadie escribe bien]

«Los optimistas escriben mal» (Válery). Pero los pesimistas no escriben. (p.98)

[95.]

Guardar silencio, esto lo queremos todos, sin saberlo, escribiendo. (p.105)